

augusto de la soledad, hemos oído las bendiciones de los infortunados, hemos sorprendido los recuerdos de un pasado imperecedero para el sabio Dr. Manuel Carmona y Valle.



DR. RAFAEL LAVISTA.

MÉXICO.—D. F.



DR. RAFAEL LAVISTA.

COMO el agua que corre tranquila y ondulante por los ríos de nuestras zonas cálidas; variados matices y cristalinos reflejos que da un cielo esplendorosamente azul de nuestra América, así es de risueña y bella la vida humana que nos promete glorias inmensas y placeres inefables en el curso de nuestra carrera sobre el planeta.

Y la prueba más evidente de las seducciones irresistibles de la vida, es eso que llamamos el instinto de la conservación. Nadie podrá negar que toda criatura humana, se aferra á la existencia con todo el esfuerzo y con todo el anhelo del que no quiere perder una cosa inestimable.

En el animal irracional obsérvase con igual persistencia el instinto de la conservación. Las fieras, por ejemplo, y entre ellas el león africano, de melena espléndida, en cuyas pupilas fulguran todas esas luces misteriosas que nos hacen concebir lo terrible

con lo grandioso, cuando está tranquilo, cuando en su cerebro no bulle otro instinto que el deseo del descanso, podrá permitir que el hombre, el animal inteligente por excelencia, el rey absoluto de la Creación, se le aproxime y aún lo ocaricie; el león permanece impasible ante los actos de su dueño y señor. Pero ¡ay de la criatura que pretenda ofender ú hostilizar de algún modo al rey de las selvas! quedará aniquilado entre sus fauces carniceras y aplastado por sus potentes garras.

Pero si el instinto innato de la conservación puede observarse en toda criatura humana é irracional, los fenómenos que determinan el movimiento de las funciones vitales orgánicas, son objeto de profundos estudios y observaciones por parte del filósofo, del pensador, del médico y del sociólogo.

El estudio del organismo del cuerpo y de las manifestaciones de la vida, conducen á los fértiles campos de la Anatomía, de la Fisiología y de la Biología general.

En vano los fisiólogos han intentado levantar el denso velo que oculta á nuestros ojos las maravillas y los misterios del complicado mecanismo de los movimientos que constituyen la vida, y desde la época del Renacimiento en que puede decirse que las letras y la filosofía tomaron nuevos rumbos y vislumbraron otros horizontes, muchas teorías, ó mejor dicho, muchas hipótesis, han sido formuladas para explicar tan asombrosos fenómenos.

Muchas de esas hipótesis tienen su corolario ó

pretenden deducir de los hechos observados y se refieren á los principios adoptados en las ciencias físicas; fúndanse las otras en ideas preconcebidas ó en abstracciones realizadas por el entendimiento.

Procediendo por el método natural en toda investigación científica, es decir, de lo conocido á lo desconocido, explícate la existencia de semejantes teorías, porque indican nada menos que el encadenamiento de los hechos sometidos á la observación, sin traspasar los límites señalados por ellas.

En cuanto á las otras, podemos decir que no son sino conjeturas apoyadas en la realización de hechos que son con mucha frecuencia inabordables á nuestros medios de análisis é investigación.

Los filósofos y los médicos que se han entregado con ardor al estudio de la naturaleza, representan en el campo de las investigaciones científicas, la teoría y la hipótesis, respectivamente.

Con el nombre de hiperfísicos, se han designado á los que admiten á cada instante en sus hipótesis causas sobrenaturales ó fuerzas ocultas con la química esperanza de explicar con esta suposición los fenómenos del orden físico ó del fisiológico.

Por el contrario, los físicos, prescindiendo de toda cuestión psicológica para no estudiar más que acciones materiales, desechan las fuerzas ocultas, esas ficciones de la imaginación, esas quimeras que por tanto tiempo han retardado el adelanto del espíritu humano.

Los materialistas puros explican todos los fenóme-

nos de la naturaleza por la acción de agentes físicos y por causas naturales, cuya existencia puede ser reconocida por nuestros sentidos y por nuestra inteligencia.

A la primera categoría pertenecen los astrólogos, los panteístas, los materialistas, los espiritualistas, los animistas, los realistas, los vitalistas, y por último, los antólogos modernos.

Las fuerzas ocultas, que según estos pensadores, ejercen influencia sobre la materia organizada ú organizable, cambian de nombre ó denominación con mucha frecuencia; pero guardan fidelidades al mismo principio, procediendo siempre por vía de conjetura y no de observación.

Han designado la causa desconocida de los fenómenos fisiológicos con los nombres de *theion*, *enormón*, *naturaleza*, *fuerza medicatriz*, *alma*, *árquea*, *espíritu*, *vector*, *fuerza vital*, *irritabilidad*, *excitabilidad*, *espansibilidad*, etc., etc., etc.

Ya en el terreno amplísimo del estudio de las ciencias, la introducción de estas causas ocultas ó imaginarias tiende á hacerlas estacionarias, ocultando nuestra ignorancia á las que las cultivan y alejando las investigaciones experimentales.

Pero buscando la explicación de estos hechos singulares, veremos, que hipótesis sin fundamento como las que señalamos, son debidas en parte á la influencia de las opiniones metafísicas de Platón, y Aristóteles, esos oráculos de la Edad Media; pero al ilustre Haller y á Bordeau, á Lachepelle, á Durot, á

Fhaine y á tantos otros sabios cuyos ilustres nombres fulguran como estrellas de primera magnitud en el horizonte de la ciencia, débense teorías generales é hipótesis basadas en la observación de fenómenos generales que afectan al estado normal de la vida en la criatura humana.

El fisiologista y el biólogo, pues, son los sacerdotes que en la actualidad consultan ese gran *Oráculo de Delfos* que se llama la Naturaleza, que como Diosa envuelta en el velo de Thanit rodéase de inmensos misterios y no permite todavía que el hombre le arranque el secreto supremo para la conservación de la vida, ese elemento preciosísimo que hace á las generaciones marchar con pasos de gigante, á las conquistas más esplendorosas de las letras, de las ciencias, del arte, y en general, del progreso universal, que constituye el timbre más glorioso de este siglo que ya agoniza en medio de sus grandiosos progresos, como anciano que deja la vida satisfecho de legar á sus descendientes valiosísima herencia moral que no se agota como los bienes materiales.

Luchar con todos los elementos de la ciencia para la conservación de las existencias que llegan, como naves en peligro de naufragar, hasta el seguro bajel que resiste los temporales del destino; combatir á la implacable viajera de los mundos que extingue la luz y mata los alientos, tal es la misión sublime que se ha impuesto y cumplido fielmente el notable práctico á quien atrevida pero imparcialmente biografamos.

No es nuestra pluma la más autorizada para de-